

Si ustedes creían que las acciones criminales generadas por los narcos en la época de Pablo Escobar, por los grupos paramilitares en la época de los Castaños y ahora por las bandas delincuenciales, también conocidas como las Bacrim, fueron y son los actos más violentos que ha tenido Colombia en los últimos tiempos, es porque de seguro no saben todavía que antes de esas dos épocas salvajes, hubo otra más feroz, la conocida también como la de la 'bonanza marimbera' y durante la cual se escenificaron unas sangrientas vendettas que no sólo acabaron con familias enteras, sino que también dejaron muchas viudas e hijos huérfanos de padres y madres y con una cuota bastante grande de personas inocentes asesinadas. La vendetta más larga de esa época, sin precedente y sin ninguna otra que la supere hoy día en Colombia, fue la que sostuvieron dos familias de la Costa Atlántica de ese mismo país, más exactamente entre las ciudades de nombre Dibulla, Riohacha, Santa Marta y Barranquilla. Los Cárdenas y Valdeblánquez, las dos familias enfrentadas, debieron sostener una 'guerra' de sangre por casi 15 años y todo por un deshonor.

Crónica de una vendetta

Álvaro Cotes Córdoba

Detalles del producto:

Copyright: Álvaro Cotes Córdoba
(Licencia copyright estándar)

Edición: Primera

Idioma: Español

Dimensiones (cm): 150 ancho × 210 alto

*A la memoria
de las víctimas
inocentes.*

La noticia de que un niño de apenas 13 años de edad había sido acribillado a tiros, mientras esperaba el bus de la ruta que lo transportaba todos los días a la escuela, llegó a nuestros oídos a través de un boletín de última hora, emitido por una de las emisoras locales. Enseguida salimos corriendo, el fotógrafo y yo, para cubrir la noticia.

Lo que me llamó de inmediato la atención fue saber el motivo por el cual había sido asesinado aquel menor de edad. Pensé por un momento en el supuesto de que, tal vez el niño, había sido muerto de forma accidental por alguna bala perdida. Sin embargo, cuando llegamos a la escena del crimen, vimos que el menor no tenía una herida de bala, sino varias y por diferentes partes de su delgado cuerpo. Lo primero que nos preguntamos fue: ¿Qué pudo haber hecho ese niño, para merecer una muerte tan violenta? Ni siquiera pudimos imaginarlo, mientras permanecemos aterrorizados frente al cadáver del infante, el cual yacía sobre el sardinel donde había estado esperando momentos antes el autobús. Pudimos entrever una posible causa a lo que llegó la madre y quien apareció envuelta en un tormentoso mar de llantos. Gritaba de dolor y consternación, a todo pulmón: "por qué, por qué me lo mataron, si él no tenía culpa". El párvulo

presentaba ocho tiros por diferentes partes de su frágil cuerpo. La manera tan cruel como había sido asesinado no guardaba ninguna relación con lo que allí se reflejaba. Las primeras versiones recogidas por las autoridades policivas, señalaban que el vil homicidio había sido cometido por dos hombres, quienes dispararon desde un auto. Algo insólito, por cuanto de esa forma daba a entender que era un caso de ajuste de cuentas, como si el pequeño le debiera a alguien algo. Pero todo se aclaró después, a lo que su progenitora se tranquilizó un poco y empezó a hablar con los policías.

La inconsolable mujer contó su versión. Dijo que todo se debía a una retaliación por una vendetta ocurrida durante un reciente pasado, cuando el padre de su hijo y su familia entera, los Cárdenas, sostuvieron con otra familia una 'guerra' a muerte que, al parecer, se había producido por un problema de deshonor. Confirmó el nombre de su hijo: Hugo Nelson y el de su padre, José Antonio, también conocido como Toño y quien junto con sus hermanos y padres, yacían muertos. A los investigadores que por esos instantes escuchaban las sorprendentes revelaciones de la angustiada mujer, porque no eran de la ciudad y sólo llevaban en la institución dos años de servicios, aquéllos nombres mencionados por la madre adolorida no les dijo nada en absoluto, pues era la primera vez que los escuchaban y aunque parecía mentira, nunca habían sabido sobre la nombrada vendetta, pese a que había terminado cinco años antes, es decir, en 1984. Sin embargo, cuando me enteré de la

versión de la sufrida señora, supe enseguida a lo que se refería, porque había vivido en carne propia la inolvidable matazón durante los 11 años en que se desarrolló en Santa Marta, pues residí por ese largo período con mis padres y hermanos en el mismo sector donde habitaron los Cárdenas y en el que se registraron, en su mayoría, los atentados que ocasionaron la extinción total de esa familia.

La vendetta se inició en 1970, en el municipio de Dibulla, departamento de La Guajira, pero se desarrolló y tuvo su cruel desenlace en Santa Marta, a partir de 1973, cuando por el entonces la ciudad era más pacífica, no tenía mucho tráfico vehicular y la gente no se enojaba tan fácil como hoy en día. Las riñas que se presentaban no pasaban de los puños y las veces en que se producía un crimen, los habitantes se alarmaban y duraban hablando del asunto más que ahora, cuando al día siguiente otros hechos atroces sepultan los del día anterior. No existían celulares, Internet y menos computadores. Los teléfonos fijos, los radios portátiles y los bíperes, eran los medios que la gente utilizaba para comunicarse entre si.

Uno de los sectores más tranquilos de la ciudad en ese entonces era su zona céntrica, en donde además de funcionar por allí varios almacenes, existían y aún siguen existiendo, los edificios de la policía, del cuerpo de bomberos voluntarios, de la gobernación y alcaldía. Pero en el mes de octubre de ese mismo año dejó de ser un remanso de paz, porque durante ese período se mudaron en la misma zona

de la ciudad los Cárdenas, procedentes de La Guajira. Era una familia numerosa, conformada por una madre y un padre, la señora Digna Ducad y el señor Alcibiades y sus ocho hijos: Roberto, Antonio, Ulises, Francisco, Melva, Albenis, Alcibiades y Maribeth, al igual que tres nietos: Chicuiriri, Hailer y Boby, el primero de los nombrados era hijo de Antonio Cárdenas y los otros dos, retoños de Ulises Cárdenas.

El día en que se mudaron, yo estaba jugando fútbol con varios de mis amigos en medio de la calle y por donde entró el camión mixto que los trajo desde Dibulla, la población ubicada en La Guajira y de donde eran oriundos. El camión de pasajeros y cargas, por eso le decían mixto, interrumpió nuestra sana diversión y tuvimos que suspender el partido de fútbol por un largo rato, mientras duraba el desembarque de los chismes. El automotor híbrido, como era ancho, tapó toda la calle y por eso tuvimos que esperar por casi media hora, tiempo durante el cual nos entretuvimos viendo la mudanza. Al cabo de ese período, cuando terminaron de ingresar en la casa recién ocupada todos los muebles y demás enseres que trajo aquella nueva familia vecina, y el camión-bus despejó la calle, reanudamos nuestro juego sin saber lo que nos deparaba el destino con la llegada al sector residencial de aquellos nuevos vecinos.

La vivienda que habitaron estaba edificada con paredes blancas, un techo de tejas de arcilla y unas ventanas con rejas negras, al estilo colonial, en la calle 20, entre las carre-

ras 7 y 8. Se erigía en medio de otras menos relucientes, cuyos habitantes llevaban viviendo por allí casi medio siglo. Con los días, la nueva familia sorteó el examen inquisidor de los moradores del sector y se integraron rápido a la comunidad, que empezó a mostrar más confianza hacia ellos. Pero cuando ya había transcurrido un mes de habitar en la dirección antes mencionada, se presentó el primer hecho violento que atrajo la atención de toda la ciudad y develó el irremediable problema que acarreaban encima. José Antonio Cárdenas Ducad, el tercero en la línea descendente del árbol genealógico de la familia, se hallaba una noche sentado a la puerta de su casa, conversando con dos vecinos, la señora Marina de Forero y el señor Bermúdez, este último era un viejo que expendía queso en el mercado público de la ciudad y para moverse de un lado a otro tenía que sostenerse sobre un caminador ortopédico. Los tres, en esos instantes, conversaban sobre las actuales circunstancias de la vida y del elevado costo de la canasta familiar, que para la época ya había comenzado a flotar por las nubes.

Era aún muy temprano, como las 7:30 y la señora Marina les había dado de cenar a sus cinco hijos. Desde la llegada de los nuevos vecinos, ella y Bermúdez, habían tomado la costumbre de ponerse a platicar a la puerta de sus casas con cualquier miembro de los Cárdenas. Ese día se pusieron a dialogar con Toño, como también le decían a José Antonio Cárdenas Ducad, quien era de una epidermis clara, de estatura regular, bien parecido y solía dejarse unas

patillas largas en forma de L. Tenía, además, un modo de ser muy accesible, contrario al resto de sus hermanos. Tal vez por eso la señora Digna Ducad, su madre, decía siempre que por sus venas corría sangre dulce o que se parecía a una monedita de oro, porque le caía bien a todo el mundo.

Esa vez en que se descubriría el problema grande que trajeron adjunto, la población fue sorprendida de un modo violento, como nunca antes había sucedido en el sano sector residencial. La armonía que por muchos años había reinado por esa parte de Santa Marta, se destruyó en segundos. La calma fue interrumpida por una ráfaga de disparos que provenían desde un auto, el cual había irrumpido raudamente por la calle donde quedaba la casa de los Cárdenas. Se trató del estreno de la vendetta, que a la vez avisaba con ferocidad lo que se le avecinaba a la ciudad y al sector residencial.

Toño Cárdenas, quien era el único de los tres contertulios que sabía lo que sucedía, entró enseguida en su residencia, para protegerse de la lluvia de balas. La señora Marina, confundida como también debió de estar el señor Bermúdez, en esos segundos de terror, quiso hacer lo mismo, pero no tuvo la misma suerte y cayó sin vida apenas ingresó a su vivienda: un proyectil le perforó el corazón. En cambio, el viejo Bermúdez, de manera milagrosa, salió ileso del súbito ataque, porque cayó al piso en el preciso instante en que intentaba entrar a su hogar, tras enredarse con su caminador ortopédico. Si no se hubiera tropezado y caído de bruces

sobre el piso de baldosas a la entrada de su domicilio, tres balas que por esos segundos pasaron zumbándoles por encima de su pesado cuerpo y las cuales se estrellaron después contra una pared de la terraza de su vivienda, alrededor de un cuadro con la virgen La Milagrosa, habrían apagado también su vida esa noche.

El hecho nunca antes ocurrido en la vecindad, alarmó a los moradores, quienes les exigieron a los nuevos vecinos, al día siguiente, una explicación sobre lo acontecido. Y pese a que no entraron en muchos detalles, los Cárdenas informaron, ase día siguiente, que estaban involucrados en un problema con otra familia, de nombre Valdeblánquez, contra la cual sostenían una rencilla por un deshonor. Hasta ese día, cada familia había tenido una pérdida irreparable. Es decir, los Cárdenas llevaban un muerto y los Valdeblánquez otro, o sea, estaban empatados.

La familia contrincante, con la arremetida de esa primera vez por el sector donde habitaron los Cárdenas, demostraron también su presencia en la urbe. Después se supo el nombre de la zona de la ciudad que escogieron para atrincherarse: el barrio Pescaito, al norte de la localidad. Desde ese lugar proyectaron días más tarde y durante varios años, las más encarnizadas ofensivas contra los Cárdenas. En el primer embate donde había muerto la señora Marina, una inocente mujer y madre de cinco menores de edad, cuyo deceso persiste todavía como una absurda pérdida que no debió de ocurrir y uno de los crímenes más repudiados del centenar

que se registraron durante la vendetta del exterminio en Santa Marta, se percibió además lo injusto que sería la contienda en la ciudad. El atentado, y era lógico suponer, había sido dirigido en contra de Toño Cárdenas y la persona que murió no tenía nada que ver con la pugna que ambas familias sostenían desde hacía tres años. El acontecimiento fue publicado por los periódicos y noticieros regionales al día siguiente, interpretándolo como la consecuencia de una venganza a muerte entre dos clanes guajiros. Pero el asunto era más complejo, porque en el fondo se cocía una bronca por la dignidad y el honor.

El sepelio de la señora Marina se cumplió al día siguiente por las horas de la tarde y en medio del repudio y el dolor que causó el drama no sólo por su absurda desaparición, sino de ver a sus pequeños hijos con su padre, el señor Foreiro, detrás de la carroza que trasladó el cofre mortuario con el cuerpo de aquella madre y esposa, arrebatada de forma inesperada. Toda la vecindad acompañó el cortejo fúnebre desde su inicio hasta el final, cuando se produjo el enterramiento. No hubo ninguno que no dejara de llorar por un instante y nadie que no sintiera en el alma la ilógica pérdida de aquella vecina buena y amable.

Una vez se conoció semejante problema que había traído la nueva familia vecina, y de qué manera, el interés común del sector residencial y de toda la ciudad, se centró en saber más acerca del origen de aquella contienda. La tesis más aproximada a la verdad sobre el comienzo del conflicto a

muerte entre ambos clanes, sigue siendo la de que se produjo por el incumplimiento de una boda. Roberto, hermano de Toño, habría dejado esperando un día, en el altar de una iglesia de Dibulla, a una joven de la familia oponente, hecho que supuestamente fue asumido como una ofensa por parte de la familia contrincante. La humillación no fue olvidada y días después, uno de los hermanos de la novia plantada, de nombre Hilario, le reclamó a Toño Cárdenas la falta de responsabilidad de su hermano, acto que los llevó a sostener luego un cruce de fuego. El encuentro balístico concluyó con la muerte del miembro de los Valdeblánquez y avivó aún más el rencor de esa misma familia agredida, la cual libró, a partir de entonces, una persecución despiadada en contra de los Cárdenas. Y durante esa acechancia, obtuvieron con el transcurrir de los años su desquite, a través del hermano mayor de los Cárdenas, llamado Emiro y a quien hallaron oculto más tarde en una finca de propiedad de la familia Gómez Ducad, primos de los Cárdenas.

Esa segunda muerte en el comienzo de la vendetta de las dos familias se inició cuando Emiro descansaba en una hamaca y de cuyo atentado, a pesar de recibir varios tiros, sobrevivió por siete días en el extinto hospital San Juan de Dios de Santa Marta, adonde fue remitido en un camión mixto que abordaron en la carretera que todavía comunica a los dos departamentos contiguos. La muerte del primer Cárdenas fue el motivo inicial que ellos tuvieron para trasladarse hasta Santa Marta, en donde después pensaron que